

Delirios Rafael Moreno



Delirios

A todos los que me leen y me animan a seguir
delirando

Poesía

SILENCIO

¿Qué sonido hace un pájaro
cuando no hay nadie que escuche?
Tal vez el de la flor al abrirse
que no muestra su deslumbre.

O quizás sea el del almendro
que cruje sus hojas en silencio
mientras la luna le susurra
al bosque, que está durmiendo.

O como la mariposa
que bate sus alas al viento,
rápida y silenciosa,
frágil como un triste aliento.

¿Cómo competir puede
un poeta con su musa,
cuando de sus corazones brota
el verso que ambos buscan?

¿Qué sonido hace el amor?
¿Qué luz refleja el corazón?
¿Qué sabor tienen tus besos...
...cuando he de probarlos yo?

OLVIDO

Ahugué mis sentimientos con lágrimas
que cada noche florecían por tu ausencia,
pero mi corazón siempre pudo más
tu amor me llevaba a la inconsciencia.

El tacto de tus mejillas se funde
en mis pensamientos más etéreos
con un sentimiento que me confunde
y sin querer, te recuerdo.

Juro que todo lo he intentado
no creas que sigue siendo un sueño
el seguir, pese al tiempo, enamorado.

Lo he intentado todo, te lo juro
y aunque sé que es demasiado alto
mi corazón aún quiere saltar ese muro.

Cada parte de ti, cada gesto
y cada mirada que me dedicaste
sigue dentro de mi, está aquí dentro
del hueco que en mi pecho dejaste.

Aún recuerdo, no sé si tú también

aquellos días, jugando con tu pelo
cuando con disimulo me acercaba a tu piel
y susurraba sin que oyeras "te quiero".

Juro que todo lo he intentado
pero olvidarte no puedo,
a tu recuerdo estoy atado.

Lo he intentado todo, te lo juro
y aunque sé que es demasiado alto
mi corazón aún quiere saltar ese muro.

DELIRIOS

LA OSCURIDAD

Oscuras tinieblas, angosta escalera,
pasillo infinito de gélida piedra.
Y afuera, sonora tormenta,
bóveda sin estrellas que cubre
los sueños estrellados de jóvenes ilusos.

Criaturas de la noche, oscuros trasgos,
tenebrosa neblina que ciega mi alma,
que oprime mi cuerpo,
y centelleantes gotas
de agua que no moja.

El sol más incandescente no puede
derretir la nieve de los sueños de antaño,
quizá olvidados ya hace años.

La luz más cegadora no sabe
esclarecer el camino del déspota
que abandonó Ítaca hace tiempo.

Hadas, magos, brujas, chamanes,
fabricantes de pociones con negras
intenciones,

difuntos, no muertos, desgraciados que
quisieron
acabar con su tormento.

Deseos que se retuercen y se vuelven
hechizos,
un muñeco con agujas que me resulta
conocido,
y una vieja gitana que funcia
el ceño al ver mis manos.

Futuro incierto, pasado revuelto,
vientos de cambio para el presente
que vienen a llevarse recuerdos añejos.

Un mundo sin descifrar, un amor sin
consumar,
una mirada que se fue volviendo gris,
y una poesía sin fin.

DELIRIOS

UN VERANO INOLVIDABLE

Un hechizo, un destello,
el recuerdo de una hamaca.
El destino, un anhelo,
filosofía barata.

Calor en un día de playa,
un sol que tapa las sombras.
Espuma blanca que anuncia
amores que van con las olas.

Una isla hecha de roca,
con calores que promueven
mucho cara, y poca ropa.

Donde las flores no crecen,
donde "amor" no dicen las bocas;
sólo porque no se atreven.

PERDER

Perder, esa es la palabra.
Un segundo. Ese es el tiempo necesario,
o quizá algo menos.

Doce meses y doce retoños.
Doce heridas profundas que velaban
al segundero, cómplice del dolor,
del tiempo que inevitablemente pasaba,
de la crisálida rota en lágrimas;
de la sangre, que aún brotaba.

Perder, ese escalofriante sentimiento
que no necesita de un ganador.
Perder, como perdimos el control
de nuestra vida al nacer.
Esa es la palabra: perder.

HORA DE PARTIR

Por ti buscaré el amor,
aunque a ti no pueda amarte.
Por ti seré buscador,
aunque a tí no quiera encontrarte.

Por ti emprenderé el viaje
contigo siempre en mi mente,
como a Ítaca tenía Ulises
cuando a Poseidón hizo frente.

Y buscaré arribar en otra isla
para que tú navegues libre,
aunque me duela verte zarpar
a donde no pueda seguirte.

Hacia la delgada línea
del tenue azul horizonte.
Donde los veleros blancos
se pierden buscando el norte.

Hacia las praderas verdes,
hacia los poblados montes,
allí donde el tiempo me borre
y conozcas otros nombres.

Vete ahora, mátame.
Piérdete mar adentro.
No me mires a los ojos,
no compartas mi tormento.

Parte ahora con el viento.
Parte, el mar está quieto.
Que yo no te seguiré,
aunque me muera por dentro.

CONFESIÓN

A veces en mi soledad
busco de nuevo encontrarte.
Incansable, incontrolable.
Tinieblas me atrapan, mas no pueden
evitar que te siga viendo.
Quiero tocarte, y todo es aire,
una mera ilusión, una quimera,
ilusos sueños de alguien que no olvida
el amor que lo embaucó un día.
Rencoroso, egoísta, aún te busco.
Oscuro es el camino, poderosa aún más tu luz.

MI BARCO Y YO

Y entonces desperté: sólo era un sueño
de un rugir de olas, de espuma blanca,
de mensajes en botellas y un tesoro
escondido, de oro y esmeraldas.

Era un sueño de viento, de aire fresco,
sólo vi el horizonte, y un timón.
Dos almas en el mar, a la deriva
solos, mi barco y yo.

Y entonces desperté: todo era falso.
La libertad tan fresca, el sol tan alto,
la inocencia de un pirata perdido,
que no sabe donde está, ni cuándo.

Pero sólo estoy aquí, sobre mi cama.
Sin velero, sin sirenas a estribor,
soñando con estar, perdidos en la mar
solos, mi barco y yo.

DELIRIOS

SONETO A LA TRISTEZA DE NO SABER POR QUÉ

Por las tardes que no salimos,
por los batidos que no te tomaste,
porque mis intentos no eran bastante
para dejar de ser sólo cautivos.

Por ser yo del mundo de los vivos,
do habitan los hombres, por siempre errantes
y el tiempo es lento para los amantes
que huyeron buscando el gozo furtivo.

Porque tú eres distinta, de otro mundo
al que a mí nunca me dejarán entrar.
Porque no eres de donde naciste.

Porque por ti con la brisa me fundo
para que te me acerques al respirar.
Porque estoy sin ti, por eso estoy triste.

SEÑALES DEL DESIERTO

Puedes huir del mundo, puedes buscar algo mejor
puedes decir no te quiero, decir no te querré.
Puedes, cuando te encuentre, gritar y echar a correr,
esconder tus sentimientos, fingir que no hay dolor.

Puedes negar para siempre la verdad y el amor,
decir "no te recuerdo" y alejarte del ayer,
coger todos mis recuerdos, echarlos a perder.
Incluso puedes odiarme, si te queda rencor.

Pero por mucho que intentes echarme al olvido
sabes que no olvidarás todo lo que te ofrecí,
y jamas podrás negar lo único que sí es cierto.

Porque aunque el tiempo pase, de ti aún soy cautivo,
porque aunque lo he intentado acabé por incumplir
las señales que hallé, de tráfico en el desierto.

EL DUEÑO DEL AMOR

Noches de lunas desiertas
en que reparten cometas
e ilusión

Cargadas todas de estrellas
a las que pedir mil besos
y una flor

Luna amarilla de escarcha
tenue en el negro cielo
tímida, y con recelo
que con celos mira a la tierra
y a su amor

Verde prado de los montes
mirador para enamorados
sin calor

Donde van los aliados
y parejas que a escondidas
dan su amor

Mirando a la luna llena
lucero del firmamento,

y con tal detenimiento
pasarán la noche entera
sin pudor.

¿De quién es el sentimiento?
¿Quién es dueño del amor?
¿Acaso son ellos dos?
¿O es quizás el firmamento
que entre la Luna y el viento
es portador de ilusión?

Es la Luna, dijo el alba
la dueña de tal pasión
mientras la Luna lloraba
con rencor

Paso las noches enteras
dijo la Luna a un balcón
viendo en ti como se besan
esos dos
tengo mi envidia en la Tierra
y dicen que soy la dueña
del amor

DELIRIOS

pues sabed que no es el dueño
sino quien gana un beso
y por algo me intereso
que ese siempre fue mi sueño.

DELIRIOS

SE QUE VENDRÁN TIEMPOS MEJORES

Sé que vendrán tiempos mejores, sé que vendrán
sé que no es mera ilusión, todo lo que he soñado
y que voy a pasear contigo de la mano
que correremos juntos y no nos detendrán.

Sabes que vendrán otros días, han de llegar.
Días de sol de primavera, noches de verano,
días en que ningún credo valga más que lo amado.
Sé que vendrán esos días, déjame soñar.

Y si tengo que esperar, sabes que esperaré,
me plantaré frente al viento, y le haré saber
que no me pienso rendir, que no me puede llevar

Y si tengo que luchar, no dudes que lo haré,
y viéndome en la batalla, tendrás que comprender
que mientras me queden fuerzas no te voy a olvidar.

NO ME GUSTA ESCRIBIR

No me gusta escribir;
No me gusta escribir, tan sólo
pretendo que te guste lo que escribo.
Lo hago en mis noches amargas,
en mis días de soledad de este mundo cautivo.
Imagino solitario, y con mi pluma
escribo en el silencio lo que nunca digo;
Invento fantasías, un mundo ajeno
de otro yo que nunca ha existido,
de una persona distinta, de un extraño
que ha querido ser lo que no he sido.
No me gusta escribir, y escribo,
soy una sombra fría de un fantasma,
de un sueño casi ahogado en el olvido.
Y no me gusta escribir, pero escribo.
Pierdo mis horas de sueño mientras pienso
y trazo en un papel poemas sin sentido.
Si no te gusta leer ,léeme,
empápate de mis palabras de doble filo.
Se que me vas a leer y eso me anima,
y no me gusta escribir, por eso sigo.
Y seguiré hasta que no pueda levantar
esta pluma, estandarte de un hombre
malherido.

Y escribiré en los días nublados, y en la la luz
de tus oscuros ojos, yo te te pido
que permitas entrar a un corazón vacío,
y que cuelgues mi vida, entera, de tu hilo.
Ya se bien que es peligroso, incluso loco,
dejarme amarte aquí, en lo prohibido;
pero tampoco se escribir, y escribo.

DELIRIOS

ESTA NOCHE TENGO GANAS DE MATAR

Esta noche tengo ganas de matar
abriré mis alas y volaré,
mi sed al fin de sangre saciaré
esta noche tengo que ir a cazar.

Mi cielo ya dejó de ser azul,
mi mente en un sueño desapareció,
mi alma hace mucho tiempo escapó;
mi corazón te lo llevaste tú.

Hoy no me dolerá derramar sangre,
esta noche la vida poco importa,
ya me es indiferente si he de sufrir

Mañana al alba habré saciado mi hambre,
quizás luego me condenen a la horca;
poco importa hoy, si mañana espera el fin.

NUEVAS ESPERANZAS

Siempre la calma llegará después
por fuerte que haya sido la tormenta.
Siempre la esperanza permanece viva
aún en el infierno, negro, de la guerra.

Y aún en el recuerdo del amor que terminó
aparece un nuevo sueño en la noche oscura;
sólo en los caminos embarrados del amor
surge un nuevo sol, emerge de la espesura.

Ven, camina entre el follaje,
acércate por los páramos de la ambigüedad.
Ven, corre a mis brazos que te esperan,
enséñame por fin un amor de verdad.
Construyamos juntos un nuevo lugar,
uno donde se termine tu tristeza, y mi soledad.
Ven, enséñame tus ojos,
observa los míos que te dicen con sinceridad:
Mírame, atraviesa esta pupila de cristal,
abre tus labios, dime... lo que sabes que quiero
escuchar.

SAL DE MIS NOCHES

Todavía algunas veces me arrepiento
de haberte abandonado aquella tarde
sin decirte nada, fui tan cobarde...
Reprimiendo un beso, y un lamento.

Todavía a veces, y a solas recuerdo
como vi alejarse, en un sutil adiós
los soñadores ojos de mi amor...
En su quimera aún a veces me pierdo.

Y perdido ahora, trato de buscar
un motivo que te guarde para siempre
en ese cajón de lo eterno y acabado

Sal ahora de mis noches, y déjame amar;
deja que un nuevo sueño entre en mi mente.
No temas: no pisará tu suelo mojado.

EMBRUJADO

Nublada noche, oscuro firmamento
gatos negros, vampiros y fantasmas,
momias y un sinfín de gente sin alma;
brujas que han venido a infligir tormento.

En la noche mi reloj pasaba lento,
rodean a la muerte figuras altas,
y un mago apuesta vidas a las cartas;
Alguien la ha perdido, se oye un lamento,

Pero no seré yo, porque esta noche
voy a dormir aquí, veré el amanecer
de este castillo de oro, sombra y lujo.

Donde ya no habita un rey, ni habrá corte,
donde no hay testigo de que pude ser
en la tiniebla víctima de un embrujo.

NOCHE DE POCIONES

En agua ardiente encenderé el caldero
en las noches vacías de luna llena,
llamas candentes hervirán mi pena,
sangre de rabia avivará su fuego.

La niebla espesa ocultará tu pelo,
te ilumina el rostro un cirio de cera
y te acercas lentamente a mi hoguera,
que exuma olores de crisantemo.

Y el fuego eterno nos dará calor;
la poción está casi terminada,
sólo falta pasarla por tu tamiz.

Y el firmamento no me dirá que no;
los sueños se cumplen de madrugada,
y en esta noche sólo te quiero a ti.

ÓDIAME

Ódiame, sin medida, sin control,
odia todo lo que tengo para ti;
No te importe lo que yo pueda sentir,
que cuando tu me odias no siento dolor.

Acepta mi cariño y dame rencor,
ódiame como a Abel odió Caín,
ódiame cada noche, ódiame así...
Ódiame, pero nunca digas adiós.

Ahora, con todas tus fuerzas, ódiame
con la sinceridad de un niño al mirar,
que de indiferencias ya me he cansado.

No temas odiar al máximo, atrévete.
Porque el que aprende a odiar, ya sabe amar,
y quiero un corazón ya desatado.

SENSACIONES

Resquicios de una vida sin sentido,
a ratos olvidada por su dueño
que ha querido ser lo que no ha sido;
Una historia que no ha sido más que un sueño,
el relato de un capricho del destino.
La extraña sensación... de poder haberlo hecho.

INCOMODIDAD

Tan sólo un cruce de miradas tensas,
atmósfera de odio caramelizado,
el recuerdo de un error desafinado,
de una amistad perdida que no recuerdas.

Un saludo que, quizá no entiendas
por qué te lo doy, cuando a tu lado
paso, y con tu orgullo encadenado
aceleras el paso, y me dejas,

virando sobre tus pies de fría nieve
helados por la sangre de tus venas,
pozos secos sin luz, mina sin fondo.

Y todo porque ninguno se atreve
a dar un dedo a torcer, apenas,
a cargar el perdón sobre sus hombros.

PERDERSE

La vida es un error detrás de otro,
cúmulo de fallos, nido de erratas
que esta vez, por ti, pagué baratas;
y en medio de los errores: nosotros.

Prisas inventadas, relojes rotos,
querer ser el mejor, meter la pata.
Llamadas telefónicas que casi matan,
semáforos azules y ojos rojos.

Llegar tarde, la desesperación,
saber que el tren tan sólo pasa una vez,
y en números rojos, más de las trece.

Perderse no fue una mala ocasión;
sin errores ni prisas, sólo hay que saber
que los autobuses pasan más de dos veces.

VOLVER A LLAMARTE

Volver a llamarte;
escuchar de nuevo de acaramelada voz,
caer otra vez en el sueño, despierto
y agarrado a un sordo altavoz.
Y detener el tiempo como antes,
convirtiendo en aire un triste reloj,
imaginando juntos la vida al revés,
inventando como niños un mundo de dos.
Sabedores de que se ha acabado todo,
y aún agarrados al clavo ardiendo del amor.

PARÍS

Agarrarte el brazo a diez mil metros y querer
que desaparezca el avión, que sólo quede
la nieve de cristal, la lluvia leve,
el cielo de París a nuestros pies.

Y volar, volver a soñar libre otra vez
cogerme de tu mano, que seas quien me lleve,
mirarte a los ojos cuando me eleve
paseando al lado de mis aviones de papel.

Si tu amor no es de verdad, si solo eres un sueño,
cállate, no digas nada, no hagas ruido,
prefiero pensar que estamos aún volando.

Prefiero seguir creyendo que soy el dueño
de este destino caótico y sin sentido;
no me despiertes, que quiero seguir soñando.

SOLEDAD, DÉJALA IR

Soledad, amplio consuelo.
Subsuelo de la ambigüedad,
buena compañía, esposa leal
sin recelo.
Soledad, amiga invisible,
tanto como mi amor de siempre
que aunque no me ve, me siente,
intangible...

Me elegiste y no me quieres,
eres novia de la muerte,
tu alma está llena de sierpes
que me hieren.
Vete ya, que se hace tarde.
¿Quieres ya cederle el sillón
al espejismo de mi sinrazón,
por el que arde?

¿No soy tan hombre para ti,
que acaso a ella también quieres?
Pues busca, soledad, hazme caso
a otras mujeres;
Que si esta no es para mí,
te vas a conformar conmigo.
Ven, seré tu amigo, y a ella...
déjala ir.

QUÉJATE, SI PUEDES

Quéjate, si puedes, de mi poesía,
cúmulo de palabras y suspiros
que te guardo para el frío, como abrigo.
Quéjate, de que te quiero todavía.

De que no saldrás jamás de esta vida
en la que sólo sabré ser tu amigo,
mientras vivo en la siguiente, contigo.
Quéjate, de que no cierro la herida.

Porque sigue siendo tuyo mi corazón,
por todo lo que te ofrezco, sin tener,
mi fe, mi vida, mi ser, mi razón.

Por ser en mi mundo la única mujer,
y haber hecho del resto comparación.
Por quererte, si puedes, quéjate.

ESTA MAÑANA

Esta mañana se atrevió a salir el Sol.
Le daba igual si ayer lloré por ti,
no le importó lo que pudiera sentir.
Al astro, descarado, no le importó.

Esta mañana de nuevo amaneció,
de nuevo Helios vio a la noche morir
con el leve olor del rocío sobre un jazmín.
Incluso a iluminarme se atrevió.

A inundar mi habitación de luz dorada,
a intentar arrancarme de mis sueños
que aún me llamaban desde mi almohada.

La tarde está cayendo y no comprendo
si se atreve a salir el Sol cada mañana
para hacernos cada día más pequeños.

Prosa

HOY ME HE ACORDADO DE TI

Hoy me he acordado de ti. Fue de pronto, sin esperarlo; y sobre todo, sin planearlo. Porque nunca he planeado sufrir, nunca me gustó el dolor, y es lo único que pueden darme ya tus recuerdos.

Fuiste tú la que me propuso el olvido, y cada día me convenzo a mí mismo de que tú me has olvidado. Incluso he intentado fabricar nuevos recuerdos, pero no puedo, no soy capaz.

Al fin he encontrado mi límite, y eso que tú solías creer que no lo tenía, que podía lograrlo todo, arrasarlo con todo, como un huracán. Pero mi huracán de deseos cumplidos, murió cuando me enamoré de ti. Ese día, bajo ese sol. Tus ojos me dijeron esa verdad que acabaría por lapidarme, esa que saldría como una lanza mortífera de los mismos labios que deseé. Esa verdad, que me negó la ilusión que crecería de ahí en adelante.

Mi primer deseo incumplido, el más importante, el más doloroso; y a partir de ahí, un nuevo huracán apareció en mi amorfa vida, el huracán de los deseos incumplidos. Es ese sentimiento de que, cuando algo sale mal, todo lo malo vendrá detrás. El amor, que acababa de empezar a

descubrir, terminó con la inocencia de dos almas perdidas que se negaban a aceptar el mundo. Dos perdidos que se unieron un instante para ir después distanciándose, dos caminos que chocaron para después recorrer dos mundo cada vez más separados.

Nada, después de eso, sería igual. Nada, a partir de entonces, pasaría por mi mirada de niño, porque ese niño, se fue ese día para, quizá, no volver.

Hoy me he acordado de ti. Hace algún tiempo llegué a pensar que no lo volvería a hacer. Que estaba curado de ti, que era libre de nuevo, que había podido olvidarte. Pero ya te dije una vez, que olvidarte sería imposible. Hoy no sabría decirte lo odioso que me resulta tener razón en esas palabras.

Hoy te he vuelvo a recordar. No sé por qué, no se qué me recordó a ti, pero no has dejado de repetirte en mi memoria en todo el día; me he alejado del mundo, he llegado a odiar a la gente injustamente, sólo porque nadie es como tú, he olvidado a mis amigos, incluso he empezado a olvidarme de mi. Pero de ti no me puedo olvidar. Porque sólo tu recuerdo me hace ser otra

DELIRIOS

persona, porque desde que no juego con tu pelo, no recuerdo ya quién soy, cómo soy, por qué soy.

No sé ya cuál es el motivo de mi vida. Por eso he decidido vivir por días. Y en este día, mi motivo has sido tú.

DELIRIOS

HOY NO PUEDO ESCUCHARTE

Hoy no puedo escucharte. Veo moverse tus labios, un leve ruido turba mi silencio, pero no se qué dices. Critícame si quieres, insúltame, tu voz hoy me es indiferente.

Poco a poco tus sonidos dejaron de ser música para mí. Pero no te lo tomes a mal, me pasa con todo el mundo, menos con ella. No se qué de especial tiene su melodía, pero a ella la puedo oír sin que me hable. No te culpes por no ser ella, yo ya he perdonado al mundo.

Hoy no puedo verte. Poco a poco su recuerdo me está haciendo perder los sentidos. Puedo ver tu silueta, tus gestos, veo tu mirada extraña. Pero no puedo mirar a través de tí, a través de tu mirada, pues sólo así se puede ver a las personas.

Definitivamente me he vuelto inútil con el tiempo, o quizás con el olvido. Olvido curioso, por cierto, pues el objetivo era olvidarla a ella, y sin quererlo he olvidado al mundo. Sólo puedo verla a ella, te pido perdón. No culpes tampoco a mis ojos, ellos se esfuerzan en mirarte. Pero no les hago caso. Mi cerebro no puede procesar otra

imagen, mi corazón no quiere que lo haga. Y puedo comprenderlo, él tampoco es el culpable, pues hace tiempo vio el sol, y hoy rechaza todas las bombillas, por brillantes y luminosas que sean.

Porque hay cosas que no se pueden mejorar. Soñamos con la perfección, pero ojalá nunca tengas que conocerla, porque en ese momento no querrás saber nada más del resto del mundo. Perderás los sentidos, como estoy haciendo yo.

Puedo tocarte, eso sí, pero no me preguntes qué siento. Mi cuerpo y mi sentido hace tiempo que se distanciaron, que no se llevan bien. Me ves aquí, en frete tuya, esperas mi respuesta. Pero yo no estoy aquí.

Viajo continuamente a un mundo que no puedes imaginar, un mundo vacío de color, inerte de sonidos, insensible, impoluto. No hay nada. Excepto ella, lo único que importa. Y si ella está, no me preocupa lo vacío que pueda estar ese mundo. Por eso viajo tanto. Viajo cuando duermo, cuando me aílo, viajo cuando recuerdo alguno de aquellos momentos que jamás podré olvidar, viajo despierto... pero siempre regreso.

Un tormento indescriptible, un demonio insensible no me deja quedarme allí, con ella, sin nada más. Y es el

DELIRIOS

mismo demonio que me ha hecho perder los sentidos: el olvido. Pese a que intento negarlo, cuanto más la recuerdo, siento que ella más se olvida de mí.

Quizá algún día pueda oírte, verte, tocarte y sentirte. Espero que ese día puedas perdonarme por lo que te he contado hoy. Pero ese día, temo que sea mi último viaje, y aún no me he despedido de ella.

OTRA VEZ ES PRIMAVERA

Otra vez es primavera, y tú no estás. ¿Por qué sigue gustándonos? Pasamos las gélidas noches de invierno soñando cómo serán las primeras flores de Marzo, a pesar de que recordamos las del año anterior; a pesar de que sabemos que morirán con el calor.

Añoramos lo querido como si siempre hubiera sido nuestro, lo soñamos como si jamás hubiera existido.

Y lo más curioso, lo que nos define, es que sólo soñamos con la primavera en invierno, y sólo la añoramos en verano.

Soñamos con el amor, lo añoramos cuando nos deja, pero ¿quién escribe poesía mientras ama? ¿Quién piensa en la primavera en Abril o Mayo? Queremos sólo lo que no tenemos, lloramos sólo lo que hemos perdido.

Otra vez es primavera, y tú no estás. Tienes todo lo que yo soñé, eres todo lo que ahora añoro. El agua que nunca pude beber, y la que me provoca la sed. El aire que no tengo, el que quiero respirar.

LA SOLEDAD

La soledad. Fiel compañera, amiga que no abandona. ¡Qué injusta es la vida! Cuanto más tiempo está la soledad con nosotros, a menudo la gente más la odia.

Por suerte para ella, algunos sí intentamos valorarla. Curiosamente nos ayuda a conocer a la gente, apartándonos de ella, pues a lo lejos nadie es miope cuando lee corazones.

No sé si la busqué yo, o fue ella quien acabó por encontrarme, quien me eligió, quien quiso verme como amigo y compañero, quizá para siempre o para mucho tiempo, pues el cariño es mutuo. Pero si fui yo quien la encontró, fue sin duda buscando otra cosa, como se encuentran siempre las cosas importantes. Ya no recuerdo qué buscaba, ni por qué; ni siquiera puedo recordar para qué lo necesitaba.

No puedo, tampoco, recordar cuándo fue: quizá antes de nacer, a lo mejor algo después, pero a ella no le preocupó el día, pues tiene todo el tiempo. Se alimenta de las horas de espera, de esperanzas y quimeras, de momentos olvidables que hace eternos... y entonces nos atrapa, cuando es fuerte, y nosotros creemos que lo somos, que nuestro orgullo nos basta, que no necesitamos nunca a nadie.

Y por supuesto, cuando sabe que nos equivocamos; pues siempre necesitamos a alguien, y cuando no lo tenemos, o no sabemos tenerlo, recurrimos a ella para que nos acompañe, para que nos ayude, para que nos enseñe a vivir... con ella.

La soledad. La más fiel de las mujeres, la más celosa de todas las amantes. La soledad; pura, casta y precavida. A la par sombría, silenciosa, malévola y mustia. La soledad no tiene prejuicios: te acepta siempre como seas. Ella hace que yo escriba, y permite que me leas.

ÚSAME

Úsame como ya hicieron. Limpia el polvo de anteriores inquilinos con mi corazón de trapo y trata de dejarme en la moqueta para seguir pisoteando mis sentimientos de juguete con el firme paso de tu orgullo, de tu necesidad de sangre azul y tus lágrimas falsas que no mojan.

Usa mi hombro para ahogar esas penas que a mí acabarán por matarme, vacía el cóctel de esos ojos de azul turbio como el cielo del norte, como nubes de tormenta de verano.

Estruja de nuevo mi corazón inerte y desparrama su jugo por lo que quedó de mí impregnado en tu recuerdo, y deja que la indiferencia te embauque y me borre de tu mente.

SUEÑOS

Sube la escalera que te lleva al sótano donde penetra el sol de la noche de los sueños estrellados, navega por el parque del verde césped que se mezcla con el marrón del cielo de tus ojos para teñir de rojo fuego la sangre de mis venas secas y corre hacia el camino del final donde un principio nuevo espera la llegada del ocaso de los sueños.

ESPINA DE ROSAL

Eres espina en mi rosal, eres erizo en el mar, ortiga en un barrizal que pica sin preguntar, eres el agua del mar que nunca habré de probar, camino sin final donde todo es comenzar.

Princesa de mis sueños, orgullo de sus dueños, me pica cual alacrán, me trata como a los perros. El fuego quema hasta al Sol, desde sus ojos pequeños y la codicia en su sien vuelve locos a los genios.

LA LLUVIA

La otra tarde llovía mucho. Le gustaba la lluvia, siempre le había gustado. Pero nunca pensó que se pudiera hablar tan bien de aquellas pequeñas gotas de agua. Nunca hasta que leyó sus versos.

También hablaba de la lluvia. A ella también le encantaba; él pensaba que ambos eran raros, pero en su rareza eran iguales. Casi iguales.

Pero después de aquel día, cuando leyó lo que ella escribía sobre las inocentes gotas de agua celestial, nunca volvió a sentarse a su lado. Después de aquel día, en que llegó a soñar despierto que su discurso era sólo para él, ya no volvió a verla cada mañana. Después de aquella triste despedida en que reprimió sus lágrimas, nada volvería a ser igual.

Pero la otra tarde llovía mucho, y como cada vez que ve llover, se acordó de ella.

AQUÉL DÍA NO LLORÓ

Aquel día no lloró. Podía ser el último para ambos, y decidió no hacerlo. Quizás no quería hacerla sufrir, a lo mejor pensaba que así él no sufriría, por eso aquel día no lloró.

Pero aún la recuerda. Aún a veces por las noches desearía retroceder, volverse a levantar y ver que sigue ahí, que podrá verla al amanecer, que irá luego a sentarse junto a ella y que no la va a perder. Es entonces cuando se despierta de verdad, cuando llora en la almohada al comprobar, que lo empapan sus recuerdos en sudor, que persiste un día más aún su dolor.

Llora, ahora sí llora, por la mañana, y aún a veces por las tardes de sol, y recuerda que aquel día no lloró. Aquel día, en la noche de un temprano verano, el día en que en silencio, y sin lágrimas la abandonó. Le dijo adiós. Reprimió las lágrimas, sacó pecho y esperó, y se ahogaron dos palabras en su adiós, dos palabras que aún guarda, para ella, en su corazón. Dos palabras que en las noches, ahora se lo escapan, cuando se acuerda de ella, cuando falta su calor. Pues aún hoy la recuerda, aún recuerda aquel adiós, del día en que no lloró.

EN LAS HORAS PERDIDAS

Escucho el agua. Un rugir de espuma blanca que hace que se desmorone mi mundo de agobios y prisas inventadas, el leve sentir del tiempo, que por momentos se para.

Aquí, junto a la falsedad de mi mundo de relojes en una apartada isla dentro de la misma verja, me doy cuenta de lo insensatos que podemos ser con las prisas de este mundo insípido.

Aquí, viendo pasar las horas, comienzo a descubrir que se puede saborear, que se puede sentir, oler, tocar lentamente, sin agobios, cada minuto, en silencio, adivinando cada arruga del vórtice maligno del tiempo, de las agujas afiladas del reloj, de la peligrosa cuchilla del motor que mueve el mundo.

Aquí, ahora, sobre este césped, bajo el amparo y la sombra de los guardianes perennes, me enorgullezco de haber hallado una vida, entre las horas perdidas.

LA PUERTA

Es el punto de partida, he vuelto a llegar. Hace ya mucho tiempo que me perdí en este laberinto en el que no recuerdo ya ni cómo entré. La puerta estaba entreabierta, supongo, y mi curiosidad y la inocencia del que no ha visto el mundo me empujaron a entrar. A partir de ahí lo sospeché: no había puerta de salida. Aún así me adentré en el follaje, me perdí por entre los setos de ideas volátiles hasta que olvidé por dónde había entrado. Y entonces la vi, girando en una esquina por delante de mí, y la seguí.

No recuerdo ya su rostro, no sé si lo tiene. Supongo que lo va cambiando, adaptando a las inquietudes y a los anhelos del que entra, pues casi todos buscan lo mismo. Pero entre nosotros no podemos vernos, y nos parece estar solos, donde sólo ella nos acompaña, donde sólo nos importa ella. Donde sólo con ella, o peor aún, con su recuerdo, estamos vivos.

Hacía tiempo que no la veía. Casi me había acostumbrado ya a no pensar en ella, estaba haciendo mi vida solitaria bajo un seto de este vasto laberinto, del que llevaba tiempo sin moverme por temor a perder ese lugar

que ya había hecho mío. Pero hoy decidí levantarme. Fue esta mañana, después de haber dormido entre recuerdos de una vida pasada: soñé con el primer día, cuando entré en el laberinto de esta historia. Y entonces supe donde estaba la salida, que era la misma puerta por la que entré, y corrí a buscarla... La vi. La puerta estaba allí, esperándome. Cogí el pomo y me di cuenta. Era la misma puerta que atravesé hace tanto tiempo, y aunque estaba de nuevo entreabierta, no pude escapar.

Porque en aquella esquina, la de antaño, estaba ella. La he vuelto a ver, y a mi pesar, no la había olvidado. Quizá ahora tiene otro rostro, es posible, quizá ha mudado su piel. Pero de nuevo me ha invitado a perderme en el laberinto, y de nuevo la he seguido.

EL ABISMO

El abismo. Hoy me he encontrado con él: era increíble. Realmente tenebroso, aterrador, el fin del mundo. Un vacío inmenso entre dos vastos continentes. Mi camino se ha cortado de improviso en un rocoso plano vertical. Continúa al otro lado, es cierto, pero ¿y si no puedo saltar? ¿Qué más dará lo que espere más allá del gran salto, si es demasiado largo para mis cortas piernas? Es el final.

Pero volver atrás es inútil. He visto ya todo lo que me precede. Es verdad que algunas cosas no salieron del todo bien, pero haciéndolas he llegado hasta aquí, a esta cornisa del mundo. Tampoco puedo avanzar, pues me da miedo lo que pueda haber abajo. Es muy profundo, está oscuro, y aún no he oído la piedra que tiré al llegar.

He de saltar, es el único camino. No llegaré al otro lado, lo sé. Es demasiado evidente que mis fuerzas no darán para el gran salto de mi vida. Pero no soy un cobarde, nunca lo he sido. Quedarme en este lado sería muy aburrido, y no pienso dar un paso atrás, ni siquiera para coger el impulso del salto que estoy a punto de dar. Flexiono las rodillas, cierro los ojos, sueño que vuelo...

Ya lo he hecho, no hay vuelta atrás. Ahora, sin más tierra donde apoyarme, estoy convencido de que no conseguiré llegar al otro lado. Estoy suspendido entre dos tierras, mi tiempo se agota. En este momento, bajo el amparo de la volátil parálisis del tiempo, aprovecho para mirar por primera vez hacia abajo. Una niebla espesa y negra flota bajo mis pies, no veo el final... pero pronto lo veré, he empezado a caer. Me acerco vertiginosamente a la espesura. Pero no tengo miedo; es más bien curiosidad. Hasta hace apenas unas décimas de segundo no me había planteado esta situación. Iba a caer, era evidente, pero esa estrella, siempre presente, de la esperanza, me impedía ni tan siquiera pensar en lo que estoy viviendo. Hace frío, la espesa niebla me roza la cara, es un fino polvo gélido que penetra en mi piel y me deja sin aliento.

Al fin, he atravesado la nube. Por primera vez, y sin posibilidad de regresar, puedo ver el fondo. Un valle inmenso y verde, surcado por un río tan sinuoso como la misma existencia. Es curioso, de él emana vida, pero significará mi muerte.

Apenas unos instantes antes del silencio absoluto, no puedo pensar en nada que no sea ese valle. No bastarían

las palabras para expresar su belleza, indescriptible como un sentimiento, y me alegro ahora, con total sinceridad, de no haber saltado tan fuerte como para haber llegado al otro lado. Podrán decir que estoy loco, ya lo habrá hecho quien me vio saltar. Pero ellos no han visto lo que yo estoy contemplando. Llamadme masoquista, pero esta es la mejor parte de mi vida. Esto es lo que quiero. El abismo.

HABITAR EN UN CUADRO

¿Se puede vivir en un cuadro? ¿Puedo habitar en una foto? ¿En un dibujo? ¿En un recuerdo? ¿En un sueño?

Soy un espejismo más de este mundo al que llamamos real, al que hacemos imitaciones virtuales de última generación, al que destrozamos un poquito cada día. Un personaje más de este gran cuadro anónimo de trazos imperfectos y enrevesados.

Y en la realidad, en mi realidad, en lo que nos parece tangible, me hallo aferrado a una foto en color en la que quiero vivir.

Esa foto puede hablarme, con su voz de papel impreso; puede escucharme, cuando le hablo con los ojos; puede tocarme, con el tacto de sus píxeles infinitos. Al menos, así lo creo yo. Al menos, así lo quiero sentir.

Y el mundo en esa foto es más grande que el de afuera, y el tiempo pasa lentamente mientras ella pestañea, y puede pararse repentinamente para comenzar de nuevo con un sueño, en un recuerdo de lo que no fue.

Puedo vivir en un cuadro, es evidente, pero ¿por cuánto tiempo? Y lo que es peor aún, ¿puedo vivir fuera del cuadro?

Las noches que navego por sus extensos mares, los sueños en que pierdo la noción del tiempo, las mañanas

que despierto al lado de la foto, ¿cuándo acabarán? Porque no me da miedo habitar eternamente en un cuadro, en un simple recuerdo o en un vago sueño. Lo que realmente temo es ese momento de volver a la realidad, o a lo que vosotros, los de fuera, llamáis mundo real. Ese cuadro sin marco del que salí hace tiempo para encerrarme en mi foto. Temo mucho lo que pueda encontrarme al salir de mi sueño, de mi propio mundo, tengo miedo de no reconocer la casa de donde salí, de no saber vivir fuera del cuadro en el que me adentré.

¿Y si no quiero salir? ¿Y si me gusta habitar los cuadros, y quiero seguir haciéndolo cuando salga de este?

Hoy en la pared sobre mi cama veo el hueco del próximo cuadro que la poblará, del dibujo de esa nueva habitación por habitar, de ese nuevo sueño que conquistar, de ese nuevo mundo en el que vivir.

Pero temo, de nuevo temo. ¿Puedo vivir acaso en un cuadro que aún no he visto? ¿Y si abandono mi foto, mi maldita foto, para habitar en ese nuevo cuadro que aún ni tan siquiera he visto?

Ansío salir de esta eterna fotografía que me atrapó, pero ya he dicho que temo al mundo del exterior. La única solución es la mudanza, y se que un día me mudaré.

Y de nuevo tengo miedo. ¿Y si me mudo ahora? ¿Qué pasará? ¿Y si abandono mi foto y doy el salto hacia el nuevo cuadro, hacia el boceto de la nueva vida sobre la pared encima de mi cama?

Podría hacerlo, sin duda, soy capaz. Pero no se por cuanto tiempo podré habitar mi nueva casa. Me asusta pensar que un día, en mi desesperación, opte por abandonar el cuadro nuevo y retornar a la maldita foto de la que aún no he salido. Me aterra herir los sentimientos del cuadro que habitará el hueco de la pared encima de mi cama.

SUEÑO NUEVO DE OTOÑO

Nuevo sueño que apareces en este otoño en el que caen las esperanzas de los árboles de antaño, ven y acércate para que pueda confiar en ti. Para poder habitarte sin el miedo del que no puede ver; para poder hablarte con la seguridad de quien sabe escuchar.

Apóyate en mí para que no te deje caer, coge mis manos por primera vez, mira mis ojos sinceros, toca mi voz y acaricia la mirada que hoy es sólo para ti.

Dulce, sin rozar lo empalagoso. Así eres, sueño nuevo de otoño, así quiero yo que seas, sin pretender cambiarte. Porque ya estás en mí de alguna forma, y aún no te he pedido permiso. Porque, en cierta manera, ya te pertenezco yo también a ti.

PERO FALTA ALGO...

La pieza que falta para completar un puzle, perdida en un rincón del inexplorable y oscuro armario; el sentimiento de no poder jugar la partida de ajedrez por la falta de una pieza.

La temperatura es buena, pero falta un par de grados; el vaso parece lleno, mas le resta una gota; las palabras no fueron en vano, pero faltó la última, la más importante, la que había de darle sentido a todas.

Porque mi felicidad solitaria no es suficiente, porque le falta el sentido de la gota que la colme: una caricia, una palabra, un sentimiento, tú... apenas un suspiro.

ENDEREZANDO EL RUMBO

Necesito una brújula nueva. Es la conclusión a la que me ha llevado el último de mis desvaríos, la última noche sin dormir por culpa de esta vida de horas perdidas entre los rumores de mi propia consciencia. Mi antigua brújula, la que yo creía que me guiaba, hace tiempo que no señala al norte, gira por capricho y vira repentinamente sin un rumbo claro, pero ya no quiero volver a mirarla. Necesito una brújula nueva, y si no la encuentro, me la habré de fabricar. No voy a seguir a la deriva, divagando por este mar inquieto hacia donde la marea me quiera llevar. No soy la sombra del marinero que un día fui, pero hoy quiero cambiar. Quiero volver a la mar, no importa la tempestad, mi camino es unidireccional. Atar mi nueva brújula al timón de los deseos y agotar hasta el último aliento en quitar el polvo a estas velas que me han de llevar. Izar la bandera para que todos sepan que he vuelto al mar, que este capitán volverá a navegar.

EL NIÑO Y LA ESTRELLA

El niño lloraba y lloraba, y nadie sabía por qué. Como por sorpresa, se dieron cuenta de que le asustaba la oscuridad. ¿Cómo podía ser, si había vivido siempre a oscuras? Uno de los hombres, entristecido por sus llantos, le regaló una bombilla. El niño no sabía lo que era, nunca había visto nada semejante. Podía ver todo aquello que él quisiera iluminar, y dejar penumbra a sus espaldas.

Aquel día el niño dejó de llorar. Lo que más le gustaba al niño era, sin duda, jugar a hacer sombras. Quizá porque sentía que así se vengaba de la oscuridad de su mundo hasta entonces, cuando ponía su bombilla entre su rostro y sus manos, y veía como en la tierra se representaban las más monstruosas y divertidas figuras, hechas de la sombra de sus manos tras la bombilla, no podía parar de reír. Apenas hablaba con los otros niños, ni siquiera sabía qué hacían, su bombilla y sus sombras eran todo para él...

Sucedió que una noche, mientras caminaba por un sendero mirando a su bombilla, ésta pareció apagarse. Como una cerilla consumiéndose, la bombilla dejó de ser más luminosa que su alrededor. Pero el niño sabía que no se había apagado. Lo comprendió al levantar la cabeza. Su luz, la que tantas sonrisas le había dado, con

la que tan divertidas sombras había creado, había sido devorada por la potentísima luz de una estrella. Su bombilla ya no proyectaba sombras, porque todo lo empapaba ahora la potente luz. Al contemplarla, el niño se quedó anonadado, aplastado por la certeza de que era la estrella más hermosa que jamás había visto, convencido de que no había otra en la bóveda celeste que le cubría.

Al principio no supo qué hacer, se sentía triste por su bombilla y, tras darse cuenta de lo insignificante que era su luz comparada con la de la estrella, el niño arrancó a llorar. Pasado un rato, decidió volver a la cueva. Pero al bajar la cabeza y darse la vuelta para desandar sus propios pasos, sucedió algo increíble... Con la luz de la estrella detrás suyo, el niño pudo ver su inmensa sombra delante de él, sobre la tierra del camino por el que había venido. No era ninguna de esas pequeñas sombras difusas a las que solía dar forma con las manos, no... Esta vez, con esta luz, podía crear las sombras que quisiera, utilizar todo su cuerpo, inventar figuras que ningún otro niño podría siquiera haber imaginado. El niño se volvió de nuevo. Es una estrella genial, dijo, y su sonrisa apareció de nuevo en su rostro, más grande de lo que había sido nunca, más luminosa que cualquier bombilla.

A partir de entonces, iluminado con esa potente luz, el niño se dio cuenta de muchas cosas. Los niños que vivían cerca de su cueva, con los que apenas había hablado nunca, todos tenían una bombilla. Pasaban el día jugando con sus bombillas, haciendo pequeñas sombras, como hacía él, pensó. El niño se dio cuenta, de que antes de conocer a esa genial estrella, él era uno más de esos niños, perdidos en mitad de la gente, cada cual con su bombilla. Se acercó a ellos. Pero comprendió que los niños, cada cual con su bombilla y sus pequeñas sombras, eran felices, todos sonreían. Y entendió también que, si sólo él podía ver a la estrella, no sería justo contárselo a los demás, pues podían sentirse muy tristes con el desengaño de saber que sus bombillas apenas alumbran. Por eso decidió no hacerlo. En lugar de eso, fue a buscar su antigua bombilla, para que cada vez que estuviera con otros niños, lo vieran jugar con ella (aunque él no la viera brillar, porque lo cubría la inmensa luz, sabía que la bombilla aún funcionaba a ojos de los demás niños), para parecer, al fin y al cabo, un niño más. Pero la verdad, su inmensa verdad, sólo la sabían él, y su genial estrella.

De repente, una mañana, sin saber por qué, la estrella desapareció. El niño no la vio al despertar. Su estrella había desaparecido y el niño se quedó a oscuras. Lloró

durante varios días, y las personas que lo vieron, para consolarlo, le regalaron bombillas. Tenía un montón de bombillas, pero seguía llorando. Antes, no hace tanto tiempo, con una sola bombilla el niño era feliz; pero ahora, después de haber visto esa gran luz, ninguna bombilla era nada para él. Ninguna parecía iluminar, ninguna proyectaba la misma sombra.

El niño solo podía pensar en aquella estrella, y la odió por desaparecer. Y lo que es peor, a partir de ese momento, odió a todas las bombillas, por no saber iluminar tanto como su genial estrella.

Cuenta una leyenda que, de los millones de estrellas que había en cielo, cada uno de los niños, aunque no lo dijera, veía brillar a una como una estrella genial, y mientras creían no ser vistos, cada niño le hablaba a su estrella, y se ponía debajo para hacer divertidas figuras con su sombra. Pero delante de otros niños, cada uno disimulaba, jugaba con su bombilla, y creía ser el único que tenía una estrella que ver.

TIEMPO Y AGOBIOS

Demasiadas cosas por hacer. Tantas, que no me ha dado tiempo de escribirlas en la agenda para que no se me olviden. No me preocupa demasiado, quizá no tenga tiempo de olvidar nada. Ni nadie.

Dicen algunos, que el tiempo se puede expandir. Otros, más escepticistas, me dicen que lo pierdo al escribir, o que debo aburrirme bastante para emplearlo en algo que, no desmiento, sólo me produce placer. No pierdo el tiempo. Lo gano. Disfruto el tiempo.

Hay un tiempo para cada cosa y una cosa para cada tiempo. El problema, o el interés, está probablemente en el arte de manejar cada tiempo y cada cosa como las piezas pixeladas de un juego de tetris, cuya partida será más larga y amena cuanto mejor sea su colocación.

Las palabras sueltas de una poesía por escribir, las piezas deformes de un rompecabezas que somos incapaces de resolver, la agonía de una dulce muerte que no llega para paliar las horas muertas mirando las manijas oxidadas de un reloj viejo en la pared de un hospital, las camisas sudadas de tres noches frías de enero en un búnker universitario, las ojeras rencorosas al fondo de una cola de impresión, los manojos de nervios ante la llegada de una nueva vida, o la posibilidad del fin de otra, las lágrimas derramadas tras la línea de meta por un

segundón que nunca olvidará las tres centésimas que arruinaron su carrera... El tiempo. Peligroso compañero, poderoso aliado.

ANOCHÉ SOÑÉ CONTIGO

Anoche soñé contigo. Sí, otra vez. Sí, después de todo este tiempo. Mi buena memoria me ha condenado a quererte siempre. Mi mala cabeza me obliga a hacerlo. Mi cuerpo débil no quiere dormir para no recordarte, para que no vuelvas, para no caer de nuevo en mi propia utopía, para no seguir viviendo por una quimera, por un imposible, una ilusión.

¿Y qué puedo hacer? ¿Acaso no he entendido ya que no te voy a olvidar? Te lo he dicho muchas veces, convencido por mi propio ego, y me lo he dicho a mí, resignado. Olvidarte es tan imposible como tenerte. Las dos caras de esa moneda que nunca llegaré a coger, que no alcanzaré jamás a ver, y que probablemente ni siquiera se forjó.

El misterio de tus ojos, la textura de tu pelo, la dulce sonrisa que cada mañana me aseguraba un buen día... Tu voz acaramelada leyendo una poesía, la finura de tus dedos al pasar la página.

Yo también he pasado muchas páginas. Quizás no con tu finura, quizás sin leer todas las poesías que las impregnaban. Pero las he pasado, me he atrevido a pasarlas una a una, siempre hacia adelante. Y he buscado otra brújula, he cambiado mi ruta, he salido a navegar con un barco hecho del papel donde escribí mis propios

lamentos, el mismo que llené de lágrimas, el que armé con coraje después. Y sin embargo ningún faro me ha llamado a su puerto. Aquí sigo, perdido en el mar con un barco que nunca supo navegar si no es por las corrientes de tu oscuro río, de tus profundos ojos, de tu prohibida piel.

Anoche soñé contigo y hoy, no me atrevo a dormir. Y si lo vuelvo a hacer, no soportaré tener que despertar.

RESIGNACIÓN

¿No es acaso perfecto nuestro amor, uno en el que no hay que tocarse? En el que no hay apenas que verse, en el que el tiempo no hace mella. Un objeto recíproco de inspiración que nos hace escribir, y que no precisa que nos leamos, pues todo lo que está escrito, de alguna forma, ya lo sabemos. O lo supimos desde un principio.

Ya sé que no te voy a olvidar, convéncete también. No sé si es malo o bueno, hago caso omiso de opiniones y sugerencias. Uso los consejos de consuelo para convencerme de que el mundo no es culpable de no entendernos, la mediocridad no entiende de amores perfectos como el nuestro, no sabe de sentimientos tan profundos que no necesitan expresarse, que no se debilitan con el lento paso del reloj, que no temen a distancias infinitas, que no pueden ser controlados, y que tienen la fuerza necesaria para dar la vida, o quitarla.

Dos palabras. Tan sólo dos palabras que he intentado decir de muchas formas, y que hace tiempo me di cuenta, que no es necesario decirlas. Porque tú también las sientes. Porque también son tuyas, como yo, de alguna forma, de la misma que hace que tú me pertenezcas.

Te inspiro, me inspiras, nos amamos, callamos, me resigno, te acostumbras... y empezamos a morir.

EL PASEO DE LOS TRISTES

Te perdí. No lo voy a olvidar, por mucho tiempo que haga ya de aquella tarde en la que nos dijimos adiós, aquel día en el que te prometí que volvería a buscarte. Pero nada en este mundo es definitivo, eso pensaba yo. O eso sigo pensando.

Porque tú también perdiste, al pedirme que me fuera. Lloré, lloré como la mujer que Boabdil aparentaba ser... Pero tú, tan bella y deseada como Granada en un atardecer, perdiste al que más te pudo ofrecer. Porque si aquél perdió su reino, la ciudad, su amante, lo perdió a él. El que más la quiso, el que más la querría.

Y Granada, desde entonces, se viste melancólica... ¿Tal vez ese sentimiento ha aflorado alguna vez a tu mirada? En el Paseo de los Tristes corren tus venas y mis penas desde que me despedí de ti, en la calle de un olvido que no me parece tener fin. El tiempo, esta vez, nos falló, y eso que tú decías tenerle fe. Porque en nosotros no hizo mella, la clepsidra en mi cabeza no podrá jamás borrar la huella que grabaste a fuego con palabras que hoy construyen mi poesía, con miradas que hoy por hoy son sólo mías.

Cada beso que me diste con tus ojos, cada gesto que tus labios me decían, cada lágrima que nunca te mostré, y que derramo, todavía. Todas son hoy sólo melancolía... y en todas creo, todavía.

VENTE CONMIGO A VOLAR

Vente conmigo a volar. Me duelen ya los pies de tanto andar, siempre detrás de tu recuerdo en una carrera que no podré ganar. Hagamos trampa, escapémonos juntos de esta pista de carreras injusta, volemos...

Volemos sin prisas hacia donde tú decidas, visitemos de nuevo esos lugares en los que ya estuvimos en mis sueños, vayamos a saludar a nuestras ilusiones, que prometieron esperarnos siempre inmóviles en la playa de la isla del olvido.

Vente a volar conmigo. Sin billetes de avión, ni pasaportes ni aduanas. Sólo te ofrezco mi vida. Sólo te ofrezco el viento, y la amistad de algunos pájaros que conozco ahí arriba.

Volemos, es fácil: mírame, te miraré, no necesitamos más combustible que nuestra ilusión.

VOLVEREMOS A ENCONTRARNOS

Te volveré a encontrar. Si no lo hago con estas palabras, dejaré la pluma y partiré a buscarte. Porque ya han pasado demasiados días, te encontraré de nuevo. Porque en este tiempo gris paralizado para nosotros, el mundo ha dado ya dos vueltas al sol, el mismo sol, el sol solitario.

Espérame donde estés, sabes que te encontraré, que no permitiré una tercera vuelta del planeta, que no voy a dejar que la nada consuma mi rostro en tu memoria.

Volveré a encontrarte. Sabes cuándo y por qué. Conoces mis ideas como las conozco yo. Quizá porque nunca me fui de ti, quizá porque no quisiste que me fuera.

...delirios...

...aunque no podemos adivinar el mundo que será, bien podemos imaginar el que queremos que sea. El derecho de soñar no figura entre los treinta derechos humanos que las Naciones Unidas proclamaron a fines de 1948. Pero si por él, las aguas de beber, se morirían los demás de sed.



Deliremos, pues, por un ratito. El mundo, que está patas arriba, se pondrá sobre sus pies... Deliremos.

Eduardo Galeano